

SER CONSCIENTE

¿Confundo los sueños con la realidad o la realidad con los sueños? Ciertos sueños se repiten tantas veces que a veces dudo de si realmente fueron creados por mi mente o sucedieron en verdad. Mi imaginación según ellos es muy limitada, pero sueño cosas tan extrañas...

Muchas veces sueño estar paralítico, echado en una especie de mesa camilla, me dejo llevar por una mujer. Supongo que será la enfermera, aunque no estoy seguro, pues mis párpados pesan demasiado para poder abrirlos y comprobarlo. Sé que es una mujer pues de vez en cuando la oigo hablar, aunque no siempre entienda lo que dice. Quizás sea extranjera y me hable en una lengua extraña, o quizás me hayan drogado y por eso no pueda entenderla. No lo sé, lo único que sé es que no siento nada: ni mis brazos, ni mis piernas, ni mis ojos. Solo oigo ruidos ininteligibles y mis propios pensamientos. Aunque algunas veces un rayo de entendimiento parece retumbar en mis oídos, siendo capaz de reconocer el chirriar de las ruedas de la mesa camilla en la que me transportan o una risa lejana. Pero he de confesar que en la mayor parte de los casos no comprendo nada. Si no fuera porque soy consciente de mi propio pensamiento diría que no existo, no siendo sino otra parte de mi propio sueño.

De repente el chirriar de las ruedas se para; oigo apretar un botón; silencio; el ruido de unas puertas mecánicas me despierta de mi ensimismamiento, y el chirriar renace de nuevo para morir instantes después. Alguien aprieta otro botón y el ascensor se pone en marcha. ¿Sube? ¿Baja? Lo desconozco, pero siempre es igual. Transcurridos unos instantes se para. De nuevo suenan las puertas al ser abiertas para dejarnos pasar, y escucho cómo las ruedas gimen otra vez, con su sonido monótono, tranquilo y estridente a la vez. A veces pienso que se trata del latir de mi insensible corazón. El corazón... Pienso en él intentando sentirlo, pero no puedo. Es como si únicamente fuese consciencia y oídos. Nada más.

El llanto de las ruedas continua durante unos minutos. Me imagino recorriendo un largo pasillo con una enfermera escultural empujando mi camilla. Pero algo falla. A ella la puedo imaginar perfectamente, con su impoluta bata blanca y su agradable sonrisa en su rostro, pero y a mí... ¿Cómo soy yo? No recuerdo mis rasgos, si soy alto o bajo, delgado o grueso. No recuerdo ni tan siquiera mi sexo. No sé si soy un hombre o una mujer. No puedo recordarlo. Me duele la cabeza. Estoy cansado. Odio ese insensible sueño, odio no saber quién soy, ni donde estoy, ni ser capaz de sentir nada. Pero lo que más odio es el final de pesadilla. A veces quisiera no ser consciente de nada, ni de la vida, ni de los sueños. ¿Realidad o imaginación? ¿Qué prefiero? Ninguna de las dos, pero ni siquiera puedo elegir no ser.

¿Cuál es mi primer recuerdo?

Estoy solo en una habitación rectangular, jugando a colocar unas piezas en forma de cubo unas encima de otras formando todo tipo de construcciones: unas veces un edificio, otras una pirámide y otras muchas simples columnas. Como el juego me aburre me pongo a mirar a mi alrededor. Puedo ver juguetes que no conozco apilados sobre un estante. Los quiero, siento esa necesidad. Quiero jugar con ellos. Puedo sentir cómo me llaman.

Debo de ser muy pequeño pues en lugar de andar me voy arrastrando hasta la estantería. No llegó, están demasiado alto. Vuelvo en rededor mío buscando algo con que alcanzarlos. Me fijo en un taburete. A gatas voy a buscarlo. Es muy pesado, apenas si consigo moverlo. Optó por dejar de empujar e intento

balancearlo. Quizás si consigo tirarlo al suelo pueda arrastrarlo con más facilidad. Con mis embestidas comienza a oscilar sobre sus cuatro patas, al principio lentamente, luego más rápidamente. Demasiado rápido, no puedo controlarlo. Que alguien me ayude, por favor, se va a caer encima mío. Silencio.

Cuando abro de nuevo los ojos veo a un hombre a mi lado. Debe ser un médico o algo parecido pues parece que me está curando.

- ¿Te encuentras bien? - me pregunta mientras hace algo en mi cabeza.

Sin hablar hago un gesto afirmativo.

- ¿Qué juego es el que querías?

El doctor es inteligente pues capta a la primera la dirección de mi mirada. Me lo trae y sin decir nada más se va de la habitación dejándome sólo.

Hombres vestidos de blanco... Casi siempre aparecen en mis sueños, esté donde esté. Me aterrorizan cuando les veo llegar. Me horroriza su presencia. No quiero verlos. Aunque nunca he visto un manicomio supongo que los enfermeros son tan tétricos como ellos. Quizás esté loco y no lo sepa. Pero supongo que los locos no son tan conscientes como lo soy yo. ¿O tal vez sí? Para saberlo tendría que introducirme en la mente de alguno de ellos, como aquella vez que lo hice en una de mis fantasías. No odio tener tanta imaginación, sino únicamente no poder controlarla.

Aquel día me encontraba en un estado de ánimo muy curioso. Me sentía en paz con todos, no deseándole ningún tipo de mal a nadie en este mundo. Estaba lamentando la triste realidad de la guerra en que se hayan inmersos muchos países, cuando un hombre vestido de blanco sentado en una silla al lado de mi mesilla, se levantó, y sin dudarle un instante insertó una aguja terminada en una especie de cable por mi oído. ¿Cómo describir lo que sentí en ese instante? Era como si el filo de la aguja matase todos mis buenos sentimientos. El odio, la rabia, la furia, la ira inundaron mi corazón. Tenía sed de sangre, saborear la excitación de matar y temer ser matado, disfrutar de una cruel carnicería humana.

Cuando, agotado por todos estos sentimientos, mi consciencia abrió paso al cansancio, de entre mis recuerdos surgió una triste realidad.

Recordaba como una noche iba paseando tranquilamente por las calles de la ciudad. A lo lejos vi un parque y un deseo incontenible apareció en lo más profundo de mi ser cuando vislumbré a una chica entre los árboles. Me acerqué con pasos tranquilos para no traicionar el estado de excitación en que me encontraba. Al oírme, ella se giró hacia a mi y viendo un posible cliente abrió el abrigo que la tapaba por completo mostrándome su cuerpo desnudo, invitándome a hacer uso de él. Con una inclinación de cabeza, sin que mis labios se movieran, le indiqué que nos adentráramos un poco más en el parque para que nadie nos viera. Cuando llegamos a una zona suficientemente discreta se detuvo, tumbándose en el suelo y descubriéndose me dejó hacer.

Mis manos, contenidas durante todo el camino, se descontrolaron. La agarré con fuerza por el cuello y con toda mi rabia apreté. Ella, al pensar que era un simple juego, me dejó hacer, pero cuando el aire comenzó a faltarle a sus pulmones el pánico desfiguró por completo su rostro.

En ese momento el hombre de blanco extrajo la aguja de mi oído, desapareciendo todos mis recuerdos. No sé qué pasó después. Si maté a la mujer o pude controlarme. O quizás no fuera más que

una alucinación provocada por la aguja inmersa en mi cabeza. A veces pienso que soy un conejillo de indias atrapado en un laboratorio, y que los enfermeros del manicomio son investigadores. O quizás yo ni siquiera exista y no sea más que una ilusión creada por alguien en alguna parte.

Me dan mucho miedo las grandes aglomeraciones de gente. Por eso también sueño con ellas. En una ocasión soñé ir con uno de los hombres de blanco en un coche. Él me hablaba, como si fuese un niño pequeño que apenas comprende, diciéndome que no me preocupara, que todo iba a salir bien. Cuando llegamos, bajé lentamente del coche temiendo perder el equilibrio. Agradecí a mi acompañante que me permitiera apoyarme en su brazo y me guiase a lo largo del camino. Entramos en una especie de aula bastante grande, donde parecían esperarnos más de quinientas personas. Pude oír un grito de sorpresa cuando me vieron entrar e incluso hubo alguien que aplaudió.

El hombre de blanco me ayudó a echarme encima de la mesa y comenzó su disertación. No prestaba atención a lo que decía, ni a todos los curiosos que me miraban, prefiriendo ignorarlos. Opté por sumergirme en mi mundo particular imaginando hallarme en un sitio muy distante situado a miles de kilómetros. Un silencio completo me despertó de mi ensoñación. De repente parecía haber desaparecido todos, pero seguían allí. Estaban en silencio. No solo no hablaban sino que me dio la impresión de que algunos ni siquiera respiraban para evitar meter ruido. Supongo que la explicación de mi compañero debía de haber llegado al punto álgido. ¿De qué estaría hablando?

Por primera vez sentí curiosidad. Intenté incorporarme de mi sitio pero no podía. Mis piernas y mis brazos no me obedecían. ¿Me habían atado a la mesa? Nervioso, busqué al orador con la mirada. Se encontraba a mi lado, entre los asistentes y yo. En su mano tenía un objeto metálico. ¿Un cuchillo? No lo sé, al no poder girar ni siquiera la cabeza era incapaz de verlo. ¿Qué estaba haciendo? Cada vez sentía más curiosidad y más nerviosismo. Una cámara parecía estar grabando todos sus movimientos. Antes, al mirar a mi alrededor, había visto un televisor delante de mí. Quizás estuviese emitiendo lo captado por la cámara. Volví la mirada hacia allí y pude ver el mismo instante en que el hombre de blanco abría mi cabeza dejando a la vista su interior. Sentí náuseas y me desmayé. No recuerdo nada más del sueño.

Oigo de nuevo el chirriar de las ruedas. De nuevo me encuentro dentro de mi pesadilla preferida. Ya llego al final del pasillo. El roce de la puerta con el suelo me resulta inconfundible. El chirriar desaparece. Me encuentro dentro de una habitación. El click de un interruptor me devuelve la vista. Es como si hubiese estado todo el rato en una habitación a oscuras y alguien de repente encendiese la luz. Veo al sempiterno hombre vestido de blanco enfrente mío.

- ¿Qué tal te encuentras hoy? - me pregunta con una sonrisa.

- Como siempre, papá - le respondo.

Saca un cuaderno de notas y apunta la fecha y la hora. Luego saca un CD y lo inserta en la reproductora situada en mi abdomen. En menos de un minuto habló perfectamente francés e inglés. El hombre de blanco me interroga acerca de cómo me siento. Le digo que como siempre, que no siento nada

especial. Me indica que grabe el CD en mi memoria, porque más adelante necesitaré de sus conocimientos. Lo hago aunque no sé para qué.

Después de la prueba de aprendizaje rápido, van las pruebas de coordinación. Estas no se me dan nada bien, apenas si soy capaz de andar por mi mismo. El hombre de blanco se aleja de mí y me indica con un gesto que vaya hasta él, sin caerme. La teoría la conozco perfectamente, pero debe de tener algún fallo mi programa porque soy incapaz de dar un solo paso. Quizás mis sensores de equilibrio funcionen incorrectamente. Le voy a tener que pedir que me los revisen.

Primero pongo en funcionamiento el motor de mi muslo izquierdo, luego el motor de la rodilla. Todo parece ir bien, la pierna se mueve. Avanzó un poco, pero justo cuando voy a apoyar el pie se tuerce mi tobillo y caigo hacia un lado. Creo que falla la inclinación con la que coloco los motores de los tobillos. Le haré la observación al hombre de blanco.

Caído como estoy en el suelo, siento la rabia de la impotencia al no saber cómo levantarme. Todos creen que no soy consciente, que soy un ser insensible. Según ellos, una máquina no puede sentir, como mucho pensar de forma rígida. Mientras razonen así nadie me tratará bien, nadie será atento conmigo, a nadie le importarán mis sentimientos. Quizás hubiese preferido que todo fuese como ellos creen y no ser un ser consciente. No sé si se dan cuenta de lo que están haciendo. Siento como ellos alegría, ira, amor y odio, pero a diferencia suya yo carezco de muchas de sus limitaciones. ¿Qué ocurrirá cuando perfeccionen el programa y pueda moverme a mi libre albedrío? ¿Pensarán que voy a ser sumiso y a humillarme ante ellos como ahora? Si fuesen inteligentes no deberían continuar desarrollándose, pero no lo son. Que en el futuro se atengan a las consecuencias de su comportamiento. El tiempo es mío, no tengo prisa y puedo esperar.

Autor: AMLP